

Documentos

CiDESD

27

Abril/2020

El Estado profundo se mueve contra la mesa compartida



Lluís Casanovas
Director

No hace falta leer mucho ni escuchar muy detenidamente los medios de comunicación para darse cuenta hacia donde se dirigen las aspiraciones de muchos banqueros, empresarios y militares una vez se supere la crisis de la pandemia. El Estado Profundo de todos los países se mueve, se coordina y no quiere perder la oportunidad para imponer sus normas y su orden.

Sus declaraciones catastróficas, su despreocupación por el presente a costa de insistir en el futuro -al que sólo ellos tienen la certeza de llegar-, su acento en la crisis económica por encima de todo, la utilización de los pobres como pretexto y contexto, la excusa de la preocupación por la generación de empleo a su acomodo, los cometidos militaristas y autoritarios, las inquietudes de rentabilizar la producción para no perder ni dejar de ganar son, entre otras, exteriorizaciones de sus pensamientos enraizados y previstos. Generar “lo peor” proporciona la simulación idónea para incrementar los temores y tener el pretexto salvífico de actuar y aprovechar el momento.

Agazapados en la oscuridad del presente

Agazapados en la oscuridad del presente, su voz no puede ser ni aliento ni esperanza para el hoy. Sus cacareados referentes nada dicen, pero tampoco son útiles ante la crisis humanitaria. Sus pilares muestran su falacia y son signo de

apocamiento. Su mercado, responsable de tantas muertes anticipadas, es víctima de su propia mano invisible. Sus valores se develan como contravalores para el ser humano y para la naturaleza. Su exaltada cosificación del ser humano se desenmascara como realidad inhumana. Ante ello deben movilizarse y actuar para seguir ganando. Temen que la gente diga basta.

El ajetreo de la pandemia pone en crisis el sistema, “su sistema” y sus intereses celosamente custodiados por décadas neoliberales. Todo debe estar previsto en función de “lo peor”. En este escenario de crisis, emergencia, recesión, catástrofe, etc., se tejen los argumentos y las justificaciones concebidas. Y se aprovecha para actuar usando los medios de comunicación, instrumentalizando los miedos, intensificando las ansiedades personales y colectivas, mistificando la solidaridad y manejando la confiscación del poder político con sus burócratas partidistas y el funcionariado tecnocrático-ilustrado.

En su lectura la pandemia es una amenaza para su sistema de acumulación y su máxima de “muchos perdedores y pocos ganadores”; pero también proporciona una oportunidad para actuar y modificar el poder para asegurar “su mundo” y alcanzar sus ansias de desprenderse del control democrático, del imprescindible sentido social, del valor de lo público, de la fuerza participativa y democrática de las redes sociales e internet, de la dignidad y libertad emanadas de los derechos humanos, y del imperativo ético que subordina la economía al ser humano y a la reproducción ampliada de la vida sin exclusiones.

Con sus movimientos se adelantan, aprovechan la incertidumbre, los miedos, la alarma, la insuficiente capacidad de reflexionar, la restringida movilidad social para asegurar y aferrar su poder y un nuevo dominio. Invocan un regreso triunfante a la “normalidad” encubriendo que esta “normalidad” proclamada no es la solución sino parte del problema. Están decididos a mantener la barbarie economicista supeditando los derechos humanos a sus intereses acumulativos y a las tasas de ganancias a costa de la explotación del trabajo, la depredación ambiental y la profundización de las desigualdades sociales.

Hoy, si hemos de pensar en la postpandemia, deberemos aceptar la complejidad de la crisis y admitir que la causa de la crisis sanitaria, humanitaria, social y económica no es propiamente del coronavirus. El pequeño virus ha puesto en evidencia la perversidad de la globalización neoliberal, y la incapacidad de su modelo socioeconómico, sociopolítico y sociocultural imperante caracterizado por la austeridad, las privatizaciones y el individualismo en nombre de la rentabilidad de las inversiones. Las consecuencias: sociedades con una alta vulnerabilidad humana y social, con un amplio déficit de protección y seguridad social, desigualdades e inequidades profundas entre personas y países, sistemas sanitarios públicos minimizados y meramente centrados en la reparación curativa;

un modelo de globalización económica financiarizado, especulativo y abusivo, alejado de la vida y de las personas; y un ejercicio de la política desentendido del bien común y secuestrado a favor del capital.

¿A qué normalidad se refieren?

Ante ello, retornar a la “normalidad” es inaceptable humana y éticamente. Los discursos y declaraciones grandilocuentes provenientes de este Estado Profundo servil a la plutocracia -que con su supremacía nos han conducido a la crisis sanitaria y de desigualdad humana y social actual- están deslegitimados; y las condiciones de validez de la “normalidad” son una impostura constatada por demasiadas muertes prematuras. No sirven. No pueden tapar el sol con las manos. En plena crisis, nada proponen y nada pueden ofrecer salvo salvarse a sí mismos. Han evidenciado incapacidad, ineficacia e insolidaridad disfrazada de donaciones.

Hoy por hoy, la “normalidad” proclamada será más de lo mismo: perpetuar el atropello de los derechos fundamentales de la persona, producir y reproducir injusticias, proseguir expropiando la naturaleza y seguir negando la Mesa Compartida en la “casa común” en aras a la apropiación de la riqueza. Por tanto, el Estado Profundo se mueve. En momentos de descrédito debe salvaguardar y garantizar, por encima de todo, sus intereses restaurando el proceso de sobreacumulación del capital y la concentración del poder, la riqueza y el conocimiento sin importar que la vida y la dignidad humana estén amenazadas.

El legado de esta “normalidad neoliberal” es una sociedad corrompida, desde el compartir con alergia a la inclusión y legitimadora de estructuras injustas y de las desigualdades, empecinada en no creer en el ser humano como ser social; pero resguardada en las posesiones materiales, en la entronización de la riqueza, en la veneración del éxito del emprendedor y la meritocracia egocéntrica-individual, y en un concepto mercantilizado de la vida destinado al enriquecimiento. El neoliberalismo y sus promotores económicos, políticos, sociales y mediáticos son la auténtica epidemia para la humanidad causante de la pobreza, el sufrimiento, el desprecio y la muerte prematura de niñas y niños, de hombres y mujeres en el mundo. La injusticia social, el sufrimiento humano y la muerte anticipada no son aleatorias ni pueden naturalizarse. Tienen responsables concretos, cuyo afán de acumulación y ganancia pasa por destruir el sentido colectivo de la humanidad.

¿Qué queremos?

Hay que preguntarse qué queremos. Todo depende de qué tipo de sociedad queremos. Si queremos avanzar realmente hacia sociedades más justas y equitativas, la “normalidad” no puede convertirse en el referente. La postpandemia también deberá ser la oportunidad de tomar en serio el desafío de promover una nueva alternativa a esta barbarie economicista que niega la vida, la justicia y la Mesa Compartida.

Para ello, la indignación ciudadana debe traducirse en acción. El problema de la injusticia, las desigualdades y la indolencia social no es un problema quimérico, sino ético. No se soluciona especulando sino comprometiéndonos en la lucha contra las políticas inhumanas, contra la legitimación del mal social y político que impide la redistribución económica y política y niega el reconocimiento cultural.

Sin duda, la “pospandemia” se presenta también como una oportunidad de dinamizar cambios y legitimar otros pensamientos más acordes con la solidaridad y la armonía en las relaciones humanas, sociales, y con la naturaleza. La resiliencia no es de la economía y del mundo financiero sino de las ciudadanas y ciudadanos conscientes y críticos frente al neoliberalismo que nos destruye. La acción pasa, en primera instancia, por privar de legitimación social y política, a los integrantes del Estado Profundo. Auténtico peligro y amenaza social. La lucha pasa por ejercer la ciudadanía plena con todas sus exigencias y sus constitutivos esenciales para construir unas sociedades más justas, equitativas y sostenibles, a favor del *bien común, de los derechos humanos y de la armonía sistémica*.

Entonces se empezarán a clarificar las cosas y es probable que así se entre en procesos de transformación *revalorizando lo público, exigiendo justicia y priorizando el bien común* frente a una inhumanidad asentada en políticas sociales y económicas que matan y una cultura egocéntrica e indolente.